

DE BLAVATSKY A KRISHNAMURTI

Pepita Maynadé y Mateos

Publicado en “El Loto Blanco” de Mayo 1930

“Las enseñanzas de la Teosofía no deben ser ignoradas por nuestros contemporáneos aun cuando la Sociedad se disolviese y no quedase rastro alguno suyo como cuerpo organizado...” A. Füllerton, 1891

El más incisivo trazo del carácter de Blavatsky fue indudablemente la rebeldía. Anticonvencional con todo y para con todos. Lo mismo para recibir irónicamente con camión de noche y desgarradas maneras a los aristócratas más encopetados, que para sujetarse a previos sistemas de conducta.

Esta característica anticonvencional resalta en cada página de su biografía en forma de hechos vulgarmente admirables o censurables. Diríase que, con su actitud indescifrable, derribaba con antelación futuros pedestales para andar siempre en su presente y en su futuro al lado de todos los hombres... ¡Egregia democracia!

«Rebelde contra todos los convencionalismos humanos, se ponía siempre fuera de la ley por sus gustos, creencias, vestidos, ideales y conducta y se vengaba de los criticastros, imponiendo sus talentos superiores...» (1).

«Uno de los efectos más preciosos de la misión de Upasika (Blavatsky), fue el de impulsar a los hombres a estudiar por sí mismos y destruir en ellos todo servilismo ciego, cualquiera que sea y venga de donde viniere. Con razón se ha dicho que ella no mostraba ni sombra del ascetismo en su interior. No meditaba en la soledad, no practicaba austeridades en la alimentación...» (2).

Tanto su ideología como su vibración emotiva, como su conducta, estuvieron constantemente agitadas por el ritmo libre de los mares tempestuosos.

Y sin embargo, ¿quién más atenta que ella a la leve insinuación del mandato invisible, a la visión serena del espíritu?

Por eso nosotros veíamos a menudo sus ojos verdes moverse como linfa oceánica sobre la cristalizada superficie de sus enseñanzas de un día. Paradójicamente, mientras su personalidad proteica e indefinida escapaba a las normas de conducta establecidas por sus sucesores, la doctrina, inerte, se plegaba a nacientes dogmas.

Y en la jungla virgen de la primitiva S. T., oreada por todos los vientos, se elevaba ya el templo de piedra de la idea muerta.

Era demasiado pronto. El impulso inicial palpitaba todavía al través de la figura de la gran rebelde. Los libres principios sentados por ella debían lanzarse doquiera, aún puros como la simiente y, como ella, sin forma dada. Cada tierra, cada país, cada predio individual debía dar una forma distinta, peculiar y necesaria a la vitalizada semilla de la verdad teosófica.

No fue así y el pietismo acomodaticio y fácil ponía sus perfumes y sus oros femeninos ante la llama viril de la Idea. Y aquel impulso primero de catarata moría en mansa corriente por canales fabricados...

Pero así las cosas, he aquí que aparece, con una larga sonrisa de alba, al través de una forma leve y flexible, como los bambúes, el alma recia de otro rebelde: Krishnamurti.

Pero es otra rebeldía. Hay más belleza y una mayor posibilidad de mancomunidad en torno de Krishnamurti. Diríase que ha sabido enlazar su actitud allí donde quedara extática,

pero viviente, la culminante obra oculta de Blavatsky. Continúa una ruta inacabada sobre el lapso de desorientación de unos años.

Él ha sabido conciliar, con el máximo sacudimiento y afirmación del principio individual, el nexo invisible de la fusión de los espíritus sin llegar jamás a establecerlo como forma y como norma. Para nosotros en esto reside la más admirable y difícil política del joven indo.

Para derribar los recientemente construídos templos debía conmover los cimientos. Rasgó antes los planos, diluyó blanduras idolátricas, negó las formas sacras y la gran fábrica ha tambaleado.

Y sin embargo, el espíritu infinito, amplio como la inmensa sábana celeste, luce hoy más que nunca, derruídos los techos, sobre nuestras cabezas levantadas...

Sobre las ruinas recientes no vibra un lamento de muerte, sino un canto de vida: el eco gozoso del Mensaje, EL MISMO MENSAJE QUE BLAVATSKY PUSO MÁS ALTO QUE SU DOCTRINA.

Esta renovación, esta oleada sacudidora con que Krishnamurti conmueve cada alma, uniéndola al Espíritu inmortal, constituye la esencia misma de la misión de Blavatsky. Así lo proclamó sobre su tumba su mejor discípulo, Franz Hartmann:

«La unión del alma mortal con el Espíritu inmortal es el objeto y fin del Ocultismo y Teosofía. Esta regeneración fue lo que H. P. B. enseñó: porque regeneración espiritual e iniciación son términos sinónimos» .

Huyan en buenhora de nuestros oídos sordos palabras familiares, conceptos estatuidos; huyan hábitos proclamados, instructores e instrucciones, mientras sobre el amplio mundo que despierta sople el aliento de la Vida Eterna con la misma frescura del primer día...

Notas

(1) H. S. Olcott, cit. Roso de Luna en “Una mártir del siglo XIX”, p. 460.

(2) Roso de Luna, op. cit., p. 449.